

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12, 1-8.11-14.): *La sangre será vuestra señal.*

Salmo (115, 12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Yo he recibido una tradición.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *¿Comprendéis lo que he hecho?, haced vosotros lo mismo.*

En los años ochenta cantábamos una canción que decía: *“una mesa redonda como el mundo. Levantaremos. Un pan de multitud...”* Eran años de ilusión, de sueños y utopías; mucha gente, en muchos sitios, se juntaban a pensar y debatir cómo podríamos vivir en pequeños grupos, con lo mínimo, para que otros muchos pudieran disfrutar de una vida digna en países que iniciaban su desarrollo con la *“condonación de la deuda externa”*. En nuestro recuerdo están las acampadas en lugares públicos durante muchos días para conseguir el 0,7 % del PIB para esos países.

Con personas de mi generación recordamos lo que nos decían en casa: *“Esto no es una pensión en donde se viene a comer y a dormir”*. Ahora casi nadie lo expresa porque hemos logrado que nuestras casas parezcan pensiones: hay pocos espacios para la convivencia de los que vivimos en ellas o de los que vienen de visita, si es que viene alguien. Incluso hablamos de barrios dormitorio, barrios enteros.

En estos últimos años comemos con más frecuencia en casas ajenas que en la propia, y muchas veces cada uno comemos en horas distintas, sobre todo entre semana por causa del trabajo. Y los fines de semana también, porque queremos hacer cosas, distintas, fuera de casa: deporte, excursiones, salidas con los amigos, etc., los comensales con quienes nos juntamos son los del restaurante, los del equipo, los del parque... **¿Quiénes son los nuestros?**

Con cierta asiduidad nos juntamos a comer con amigos, sobre todo en fechas nostálgicas: aniversarios, navidades y cuando con dificultad conseguimos ponernos de acuerdo, incluso algunas veces con desgana. A la Eucaristía debemos ir siempre con ganas y a compartir porque si lo único que hacemos es cumplir una norma y realizar un rito que no nos sirve para la vida, el resto de la gente no se enterará de lo extraordinario que sucede en nosotros.

El ritual de la pascua judía invita a comer con otros, con otros que han vivido la misma experiencia de esclavitud, la misma experiencia de liberación, la misma experiencia de travesía por el desierto. Comida escasa, suficiente para recorrer ese camino; en el ritual lo importante es la palabra para el recuerdo de lo vivido y de lo que estamos viviendo. Y el de quien lo ha hecho posible: **¡Dios pasa!** (pascua).

Jesús celebró su Pascua e instituyó la Nueva. Con Jesús todo acaba y todo empieza: promesas y realidades, lo viejo y lo nuevo, la Pascua donde ahora el cordero sacrificado es Él mismo, pacto definitivo sellado con su sangre. Y si al celebrar nuestra Pascua nos preguntara alguien por el significado de todo lo que hacemos, le responderíamos que todo es memorial de lo que el Señor hizo y nos mandó repetir.

El lavatorio de los pies expresa también otra realidad: simboliza el servicio insustituible que Jesús nos ofrece y, muestra a la vez cómo debemos comportarnos los unos con los otros. Jesús nos obliga a seguir su ejemplo. Servicio y ejemplo de Jesús quedan unidos en igual medida a cuanto Él dice: **«Pues el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la propia vida en rescate por muchos»**.

Aquí explica Jesús el significado y la eficacia de su muerte, al mismo tiempo que da un mandamiento esencial al deber de servir que sus discípulos tenemos. Al don de la vida que Él nos ha hecho es al que nosotros debemos nuestra propia comunión con Él y, a través de Él, con Dios. Esta unión no podemos dársela nunca nosotros mismos; es puro don. Pero no es una unión pasiva, basada sobre un estado nuestro de inercia, dejándonos servir. Precisamente la comunión con Jesús nos hace participar en su servicio. Quien rechaza este servicio se excluye de la comunión.

Tenemos que contemplar estos valores y fuerzas, intentando percibir toda su importancia y su significado. Sólo así podremos llegar a comprender el sentido de la misión y de las palabras de Jesús. Estos valores son la vinculación de Jesús con el Padre, de donde Él viene y a donde Él vuelve; el amor que Él muestra por los suyos (nosotros), entregando la propia vida y haciendo así posible la plena participación en su destino; su ejemplo, compromete a todos su seguidores en el servicio.

Pablo, que no es el creador de la tradición de la celebración de la Eucaristía sino que a él se la **«entregaron»** como un tesoro, y la va pasando de comunidad en comunidad, nos dice que: **«En esa transmisión, no hay solo rito y palabras rituales, hay también vida, vida entregada y compartida»**. Nuestra celebración repite los gestos, recuerda las palabras, distribuye el amor teórico para que se convierta en amor práctico según su mandato.